

1. La población estudiada tiene un pasado de mezcla cultural de cristianos católicos, europeos, indios y americanos.
 - 1.1 Describe cómo explica el autor de este artículo los conceptos que esta población tienen sobre la salud y la enfermedad.
 - 1.2 Señala qué factores reconoce esta gente como agentes provocantes de enfermedad.
 - 1.2.1 Estos agentes reconocidos por la población estudiada son productos de qué? o en qué tienen sus bases?
 - 1.3 Cuando una persona de este estudio se enferma, describe qué conductas sigue para su curación.
 - 1.3.1 A qué crees que se debe que una misma persona, para tratarse un mal o enfermedad recurre a varias fuentes de tratamiento como mágico religioso, empírico y/o hasta científico (contéstalo según el artículo).
2. En tu familia o vecinos, encuentras algunas formas semejantes a lo que describe el artículo para curarse?
 - 2.1 Relata qué pasos siguen para tratarse una enfermedad.
 - 2.2 Lo descrito anteriormente crees que es lo mejor para su salud, por qué Si o por qué no?

TZINTZUNTZAN

G.M. Foster *

VII. EL MIEDO A LA ENVIDIA

La prevalencia de la envidia

EN LAS COMUNIDADES pequeñas y pobres, reguladas por la Imagen de la Limitación de lo Bueno, en donde la seguridad descansa en el mantenimiento de la distribución tradicional de las cosas buenas de la vida, aun las más pequeñas mejoras con respecto a las cosas deseadas se habrán de notar con rapidez. Y aunque el acceso de alguien a lo Bueno no necesita ser inevitablemente atribuido al despojo de otro, la mejora en la posición de uno es muy probable que despierte la envidia de quienes se consideran menos afortunados. Allí donde la gente tiene tan poco y donde la vida es tan incierta, la buena suerte de los convecinados parece destinada a despertar la envidia. En Tzintzuntzan, lo mismo que en la Italia y la India descritas por Banfield y Dube, la envidia es una nota dominante en el carácter de la gente. Ver que otros conquistan una ventaja, le recuerda a uno los limitados recursos propios, las esperanzas fallidas y su habitual mala suerte. "Todos los hijos de Pascual han llegado a ser profesores ¿no es así?" La alabanza implícita en mi pregunta, apenas está encubierta. Ah, sí, pero Pascual ha sido el custodio de la escuela por veinticinco años; ha sido amigo de los inspectores que vienen de Morelia. Les da de comer cuando vienen a la villa y mediante esas amistades, ha conseguido becas de estudio para sus hijos. "Mis hijos pudieron haber sido mejores maestros" dice Macaria, "pero no tuvimos la oportunidad que tuvo Pascual."

Cuando la gente es envidiosa, es enteramente natural que ella misma tema las consecuencias de la envidia de los demás. En un nivel este temor se maneja en una forma directa y simple: los tzintzuntzeños sencillamente intentan ocultar aquellas cosas que sospechan o que saben que van a despertar la envidia de otros. Por esta razón una buena cantidad de personas, en materia de vestido o de comodidades domésticas, viven muy por abajo de lo que se pueden permitir. Dando la apariencia de que no son más acomodados que sus vecinos más pobres, confían en ahorrarse la envidia y sus consecuencias. Wigberto Paz, aunque no es un líder del pueblo, tiene un buen sentido de la responsabilidad —dadas las normas locales— y siempre contribuye a las empresas comunitarias. Sin embargo, nunca va más allá de las comodidades mínimas al arreglar su casa y, sus vestidos son tan harapientos como los de cualquier otro. Tiene electricidad y agua, tal como

* George M. Foster es antropólogo social de gran renombre y autor de varios libros publicados por el F.C.E. En el presente estudio fue asistido por Gabriel Ospina, ---- antropólogo colombiano formado en México

VII: EL MIEDO A LA ENVIDIA

153

las tienen la mitad de las familias del pueblo, pero se rehúsa a poner en su casa un piso de cemento o de mosaico o a abrir ventanas para iluminar el interior. Está francamente temeroso de que la gente lo pueda envidiar y trata de protegerse con el viejo truco campesino de simular la pobreza.

La mayoría de las casas tienen ventanas que dan a la calle y tienen cristales. Pero hasta hace unos pocos años, en las casas con ventanas los postigos se mantenían cerrados casi todo el tiempo; su única función era, aparentemente, permitir que se echara un vistazo rápido y furtivo a la calle. Melesio, el marido de Micaela, se oponía mucho a poner cristales en las ventanas de la primera habitación moderna que tuvo en su casa. El temor a ser robado era una de sus razones —creía que una casa firmemente cerrada era más segura—, pero aun más importante era su idea de que "sin ventanas, la gente no puede ver el interior, darse cuenta de lo que tenemos y desearlo". Para Melesio, los cristales de las ventanas eran brechas en sus defensas personales y una invitación a la envidia.

Aunque algunas mujeres, las quinceañeras en particular, visten ahora ropas citadinas para las fiestas, para las visitas a los amigos o para pasear en la plaza, ninguna mujer en traje de faena para su trabajo cotidiano, es capaz de salir a la calle sin su rebozo. Por supuesto que, a menudo, el rebozo se usa para cargar a los niños y también para transportar las compras menores. También es una buena protección contra los elementos. Es, en suma, una prenda de vestir altamente utilitaria. Pero al menos tan importante como cualquiera de estas razones es el hecho de que sirve para ocultar cualquier objeto que una persona puede ir cargando por la calle. Las compras hechas en el mercado de Pátzcuaro o en las tiendas locales; los obsequios de comida que vienen o que van a la casa de una comadre o amiga; una prenda hecha en la casa de una costurera; cualquier cosa que lleve una persona, se oculta mejor así de los ojos indiscretos que, a la vista del objeto, se pueden llenar de envidia. El rebozo, a causa de que ofrece protección psicológica a las mujeres del pueblo, continuará siendo una parte del atuendo hasta mucho después de que ya no llene sus actuales necesidades utilitarias.

La expresión simbólica de la envidia

Naturalmente que la envidia es una emoción que se encuentra en toda sociedad y, puesto que refleja sentimientos de hostilidad, y algunas veces un peligro implícito de agresión, amenaza la estabilidad de la

LA COMUNIDAD TRADICIONAL

vida del grupo, a menos que pueda ser controlada. Las sociedades grandes y complejas parecen ser capaces de absorber cantidades más grandes de envidia en comparación con las sociedades campesinas, sin que aquéllas peligren; sin embargo ellas, también, requieren mecanismos para hacer frente a la amenaza siempre presente de la envidia desenfrenada. En las sociedades complejas una buena cantidad de la envidia se controla permitiendo sus expresiones en una forma simbólica: cumplimientos y expresiones de admiración. No todos los cumplimientos reflejan envidia, por supuesto, pero entre iguales, o iguales en potencia, tal sentimiento está presente mucho más a menudo de lo que la gente quiere admitir.

En las sociedades comerciales e industriales —pero no en las campesinas— hacer un cumplimiento o expresar la admiración son, probablemente, las únicas maneras corteses en que esos fuertes y rencorosos sentimientos se pueden dirigir abiertamente hacia alguien. Los verdaderos sentimientos, cuando positivamente se apoyan en la envidia, se disimulan y endulzan, pero para toda la gente educada, sólo rara vez pasan inadvertidos. Al menos subconscientemente reconocen que esos cumplimientos pueden velar sentimientos de envidia, y la persona cumplimentada sospecha que puede ser vulnerable a alguna forma de agresión, tal como los chismes despiadados que se propalan a su espalda, pues lo que en realidad se le ha dicho es que tiene cosas como una propiedad, una capacidad o un talento que a otros les gustaría tener. Ésta es la razón por la que —yo creo— en la sociedad norteamericana contemporánea, en que la capacidad para cumplimentar es la marca de una persona bien nacida, el recipiendario a menudo experimenta algún desconcierto e incomodidad y falla en su intento de responder precisamente en la manera correcta y algunas veces hace el gesto de negar que realmente él merece elogio.

En Tzintzuntzan, a diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos, rara vez se oyen los cumplimientos y los elogios. Esta norma de conducta no se debe al egoísmo o las malas maneras, como me incliné a creer durante largo tiempo. Más bien, en el contexto del modelo de lo Bueno Limitado, es evidente que esta conducta habitual tiene sentido completo. La persona que cumplimenta es, de hecho, culpable de agresión; está significando que el otro tiene algún rasgo, cualidad o posesión que le gustaría tener él mismo (evocando así el espectro de la envidia); o está diciendo a la persona que cumplimenta que se ha levantado por encima de su nivel adecuado y que su conducta puede ser blanco de sanciones. La conducta que se considera merecedora de cumplimientos en algunas otras sociedades es, precisa-

mente, la que el aldeano considera como amenazadora, y que él desea desalentar.

Si los recursos simbólicos para neutralizar el peligro representado por la envidia son esenciales en las sociedades grandes e impersonales, son mucho más necesarios en las comunidades pequeñas y delicadamente equilibradas como Tzintzuntzan. Los recursos manifiestos que se acaban de describir, y sobre todo la ocultación y el secreto, aunque útiles, por sí mismos no son adecuados para proteger del peligro a una persona; también se necesitan actos simbólicos en el arsenal. Los actos y las palabras simbólicas que dicen a una persona sospechosa de estar albergando sentimientos de envidia que no tiene razón para estar envidioso, o que puede participar en la buena suerte, son, consecuentemente, funcionales en alto grado. De esta manera se mantiene la ilusión del absoluto equilibrio; con un acceso igual a lo Bueno o con una participación en lo Bueno disponible, nadie necesita sentirse envidioso de los demás.

Una lógica inversa, pero complementaria, se aplica a aquellos casos en que los individuos o las familias han sufrido alguna pérdida. La igualdad deseada se ha destruido y las personas afligidas se vuelven una amenaza por razón de su envidia de los otros, que no han sufrido ninguna pérdida. Por consiguiente, se evalúa altamente la conducta que se considera apta para neutralizar las posibles consecuencias de esta envidia enmendando la desigualdad.

El remojo

En Tzintzuntzan hay varios actos simbólicos y otras formas de conducta habitual que parecen mejor explicados dentro del contexto anterior: proteger a la gente de las posibles consecuencias de la envidia que se les tiene. Estos actos se notan más frecuentemente en situaciones en las que se halla que las personas tienen algo nuevo y deseable, en que tienen gran cantidad de cosas que ordinariamente son escasas, y en las que las familias han sido privadas súbitamente de algún Bien altamente estimado. Por ejemplo, cuando los amigos advierten que alguien tiene una nueva propiedad, tal como prendas de ropa, un utensilio de cocina, muebles para la casa o un lechón, suelen pedir el "remojo", lo que significa: "Usted debe darnos algo para compartir la nueva posesión que ha alcanzado." Por lo general no se espera ninguna correspondencia, pero el propietario tiene buen cuidado de reconocer la petición, diciendo: "A sus órdenes", con lo que pone, simbólicamente, el objeto a la disposición de los que piden el re-

mojo, quienes, entonces, ya no tienen razón para sentirse envidiosos. Para adquisiciones más sonadas, los propietarios pueden prevenir la acción ofreciendo algo antes de que sea pedido. Cuando José Calvo amplió su tienda y aumentó sus existencias, dio a sus mejores clientes pequeños regalos, asegurándoles, sonriente, que era el remojo debido a ellos. Posiblemente las ocasionales fiestas para celebrar el estreno de una casa puedan también considerarse como un remojo¹ para hacer frente a una posible envidia.

En otras ocasiones los amigos pueden admirar algo sin pedir el remojo. El propietario responde, característicamente, con algo así como: "¿Verdad? Yo lo veo muy feo." Sugiere por este medio que el admirador está equivocado en su apreciación, y que no tiene una verdadera razón para envidiar. Y, posiblemente, la costumbre de usar una prenda nueva en público por primera vez, en una fiesta importante, cuando mucha gente puede ir vestida de modo semejante, es un recurso protector para diluir la envidia de aquellos que no tuvieron la fortuna de estrenar vestidos.

Los animales domésticos, especialmente los de las especies mayores, representan en Tzintzuntzan valores relativamente altos, y así son, potencialmente, objetos de envidia. Aunque los informantes niegan que el mal de ojo pueda afectar a los animales, se considera que es una mala práctica el expresar una admiración extravagante por un animal, pues se cree que tal cosa le puede causar una enfermedad. Se dan casos en que algunas personas venden rápidamente un animal que ha recibido tal admiración: esto lo hacen con la esperanza puesta en recuperar su capital, antes de que se pierda por una muerte posible.

Envidia y preñez

En Tzintzuntzan, por lo general, los hijos se consideran altamente deseables, al menos hasta el cuarto o el quinto; así resulta que ambos, el niño y la madre, pueden ser objeto, consciente o inconsciente, de envidia. En una sociedad que otorga un alto valor a la masculinidad, la paternidad de un vástago saludable es la evidencia más obvia de que se posee esa cualidad. Pero la enfermedad o la muerte del niño hace dudosa la masculinidad real del padre, dado que un niño débil

¹ En su sentido ordinario el verbo "remojarse" significa "humedecer algo con agua". En sentido figurativo significa "invitar a los amigos a un trago", para celebrar el estreno de una prenda, alguna cosa que se compró, o algún otro acontecimiento feliz ocurrido al que invita. Cf. inglés *sop*.

sugiere un progenitor carente de vigor. Por estas y por otras razones se deben tomar todos los cuidados para salvar al niño del peligro que puede resultarle de la envidia de los que resienten la "nueva posesión" de los padres. Este cuidado toma la forma de la demora del momento en que se conozca, para la generalidad, la causa de la envidia. Una madre encinta trata de ocultar su condición el mayor tiempo que esto sea posible, y habla del acontecimiento que vendrá sólo cuando se le presiona para hacerlo. Que esto es un área sensitiva de la cultura, se prueba por el uso de eufemismos para hablar de la preñez. El embarazo se clasifica como una enfermedad. Así, cuando se suscita una pregunta acerca de la madre encinta, su condición puede evitarse diciendo que "está enferma". Si persisten las preguntas o los comentarios, las explicaciones toman la forma de "está enferma de la cintura": Esa forma es una corrupción de "enferma de la cinta", del latín *incineta*. La expresión es eufemística, y permite evitar la palabra "preñada". También se puede decir de la mujer que está "en estado interesante". Pero decir "Estoy preñada" o "ella está preñada", causa mucha aprensión.

El acto del nacimiento mismo se trata usando el eufemismo "aliviarse", más bien que con el uso de otros términos que sugieren directamente lo que está ocurriendo. El nacimiento mismo no recibe ninguna publicidad. Los nuevos padres evitan escrupulosamente mencionar el acontecimiento aun a sus amigos, y cuando las noticias trascienden se asegura a los preguntones que "en su casa tienen a sus ordenes a un nuevo servidor", lo que significa en realidad que, dado que el niño también es de ellos [de los que preguntan], no tienen razón para estar envidiosos. Además, para que no se envidie la casa del padre, ésta también debe ser puesta a la disposición de los interrogadores.

El bolo

Para el bautizo el infante debe ser llevado a la iglesia, de modo que no hay forma de ocultar su existencia. Sin embargo, la madre nunca asiste al acto, aun cuando en ocasiones se posponga hasta que pasa el periodo de reclusión de cuarenta días, conocido con el nombre de la cuarentena. Posiblemente esta costumbre —la ausencia de la madre en el bautizo— refleja el sentimiento de que es innecesariamente tonto exponerla a la vista de otras mujeres que pueden sentirse celosas de su buena suerte, antes de que haya recobrado su fuerza. Y posiblemente la institución de la cuarentena misma, durante la cual la nueva madre pretende al menos que no sale de su casa, expresa la necesidad

de haberse recuperado por completo antes de enfrentarse con los peligros de la envidia que puede dirigirse hacia ella.

Pero no hay manera de evitar la exposición del infante en su bautizo; debe ser llevado por las calles con ropas especiales, tan conspicuo como una persona pueda serlo jamás. El posible peligro se afronta con la vieja costumbre española del bolo. Cuando los padrinos salen de la iglesia después de que ha concluido la ceremonia, se encuentran rodeados de una multitud de muchachos que piden a gritos: "Déme el bolo, déme el bolo." Entonces el padrino debe arrojar al aire algunos puñaldos de monedas de baja denominación, que los muchachos se disputan vivamente. Así, simbólicamente, da algo a los demás que no han participado directamente en la buena fortuna del nacimiento. Los informantes reflexivos consideran el bolo como una forma de remojo, aunque este término no se use para describirlo.

El mal de ojo

La distribución del bolo no da una protección a largo plazo. La mayoría de las mujeres, y en particular las que no tienen hijos (e inclusive, también, los hombres) pueden envidiar a la nueva madre. El miedo a las consecuencias de esta envidia, está institucionalizado en la creencia del mal de ojo. Aunque los informantes sofisticados insisten en que en realidad no creen en el mal de ojo, una vez más somos llevados a sospechar que ésta es un área sensitiva de cultura, por los eufemismos que se usan para referirse a ella. La expresión mal de ojo sólo se escucha en raras ocasiones; en su lugar, cuando se sospecha que un niño padece esta aflicción, se dice que "su sangre está irritada". En la presencia de extraños la madre cubre a su hijo de modo que el niño no pueda ser visto —el rebozo es ideal para este caso cuando se anda por la calle— o le cuelga al cuello amuletos como el "ojo de venado", de los que se cree que tienen el poder de desviar del niño las miradas de envidia. Pero sus amigos tienen el derecho de verlo. Aun los amigos más íntimos, sin embargo, pueden, sin saberlo, "irritar su sangre" al admirarlo. Para contrarrestar esta posibilidad, la persona reflexiva, después de expresar su admiración por él, golpea el trasero del niño una o dos veces, acto conocido como darle una nalgada. Si el admirador olvida esta cortesía, una madre aprensiva dirá: "Dame una nalgada", significando, por supuesto, un golpecito en los glúteos del niño. Pero ¿por qué una persona debe golpear algo a lo que se admira, una acción que por lo general se reserva para lo que desprecia o que no gusta, o para castigar a un niño desobediente? Simbólicamente